

# EL ESPÍRITU OLÍMPICO

Ismael e Iván eran dos hermanos que iban a participar en la carrera más importante de los juegos olímpicos. El día anterior, cuando estaban entrenando, Ismael tropezó, se lesionó y dijo a su hermano:

- No voy a poder correr mañana, quiero que demuestres que eres el mejor.
- Vale, mañana ganaré la carrera por ti. Te lo prometo. - respondió Iván.



Al día siguiente llegó la gran carrera. El estadio estaba completamente abarrotado. La carrera comenzó y Abel, el gran favorito, se escapó y solamente Iván pudo ir detrás de él. Aunque solamente le pudo seguir durante unos pocos metros. El gran favorito demostró ser superior durante toda la carrera, pero cuando iba a llegar a la meta, sucedió lo que nadie esperaba: ¡Abel se cayó!

Todas las miradas se dirigieron a Iván. ¿Conseguirá llegar antes de que Abel se levante? - se preguntaba el estadio. Todo parecía indicar que sí, que Iván iba a ganar, pero justo en ese momento el estadio enmudeció. Nadie se creía lo que estaban viendo: Iván se paró junto a Abel, le ayudó a levantarse y le dejó pasar en primer lugar. El silencio se transformó en la mayor ovación que se recuerda en un estadio olímpico.



Más tarde Iván dijo a su hermano:

- Lo siento, no he podido ganar como te prometí.

Ismael, sonriendo orgulloso, le contestó:

-Tranquilo hermano, yo solamente te dije que demostraras que eras el mejor, y has demostrado ser el mejor de los deportistas.

Nadie recuerda quién ganó la carrera, pero una estatua a las puertas del estadio, recuerda para siempre el gran gesto deportivo de Iván.